

Lecturas

ENSEÑAR COMUNIDAD. UNA PEDAGOGÍA DE LA ESPERANZA

bell hooks

Bellaterra edicions, 2024.

211 págs.

Gloria Jean Watkins, conocida como bell hooks (en minúsculas según decisión de la autora), fue una escritora y educadora afroamericana feminista, antiracista y activista social estadounidense que desarrolló gran parte de su carrera vinculada a la educación universitaria y también a la educación de la infancia y la adolescencia, tanto en educación formal y como de carácter informal. Su obra aporta un análisis crítico de nuestra sociedad, especialmente revisando los ejes de desigualdad vinculados con la raza, el género y la clase social, para cuestionar el *estatus quo* que otorga privilegios a la supremacía blanca, al género masculino y a la clase social enriquecida y que siguen perpetuándose como sistema de privilegios incluso en los ambientes educativos más intelectuales.

Con más de 40 libros publicados, que tratan cuestiones variadas relacionadas con la sociedad como el arte, la historia, la sexualidad, los medios de comunicación, el racismo o el feminismo. Entre ellos destacan algunos títulos vinculados con educación como *Enseñar a transgredir* (1994), *Enseñar pensamiento crítico* (2009) y *Enseñar Comunidad*, del que versa esta re-

seña, que fue publicado en Estados Unidos originariamente en 2003 y que se ha impreso recientemente en nuestro país. Todos ellos plantean la relevancia de la educación como elemento fundamental de transformación social, desde una mirada crítica y nutridos desde su experiencia personal como mujer afroamericana, docente y comunicadora. Además, se enriquece con el diálogo con la comunidad educativa y la sociedad en general, generando vínculos y procesos de escucha que superan las estructuras educativas tradicionales, huyen de las jergas académicas y pueden llegar a todas las personas con una escritura de tono comprensible y accesible.

De esta manera, su labor como profesora nace del deseo por enseñar a cuestionar y a revisar el marco cultural y socioeconómico, que son la base de la reproducción del orden social racista y patriarcal de finales del siglo XX, haciendo hincapié en el *currículum oculto* que lo mantiene y trascendiendo lo políticamente correcto. Hace una crítica al sistema educativo incluso en los ambientes académicos progresistas, que siguen transmitiendo un marco de dominación y desigualdad estructural, muchas veces sin ser conscientes de ello. Por otro lado, plantea que el fomento del pensamiento crítico, la libertad y la democracia, son necesarios para erradicar los métodos de adoctrinamiento y control que caracterizan al sistema educativo, como base base para generar procesos de aprendizaje significativos que avancen en la justicia social. Además,

hace una mirada crítica al concepto de progreso y desarrollo, que busca el logro de competencias, metas y valores materialistas propios del sistema capitalista, que está también en la raíz del mantenimiento de los privilegios de las élites y genera desigualdad.

El libro se estructura en 16 capítulos cortos, “16 lecciones” en las que va desgranando diversas cuestiones de gran valor educativo y que desarrollan en paralelo a los acontecimientos y cambios que han ido aconteciendo a lo largo de su desarrollo vital, tanto en su experiencia educativa como personal. Temas como por ejemplo, el *aula sin fronteras*, que propone los aprendizajes que se abren al mundo fuera de los muros de los centros; *hablar de raza y racismo* más allá de lo políticamente correcto; saberes adquiridos en su propia *familia*, en especial a través de las conversaciones con sus cinco hermanas con diversas vidas y profesiones; y otros temas como la espiritualidad, la libertad, el amor, la pasión o la propia muerte.

Se puede decir que *Enseñar comunidad* es una obra autobiográfica, ya que se basa en la experiencia, entrevistas y situaciones educativas que se fue encontrando a lo largo de su vida y contadas en primera persona y que sirven para construir un mundo que acabe con las desigualdades que imponen el supremacismo blanco, el patriarcado, el capitalismo, el imperialismo o el elitismo de clase social. Para conseguirlo, además de la capacidad crítica, pone en el centro la reconstrucción de la comunidad, pero una comunidad que identifique las causas estructurales de las desigualdades, que se encuentran enquistadas en nuestras formas de interpretar el mundo, que necesitan de un cuestionamiento y revisión continua con el objetivo de construir sociedades más justas y equitativas.

bell hooks argumenta también la necesidad de combatir el pesimismo, “aunque todo parezca perdido”, reivindicando el papel de la educación como elemento de transgresión y de generación de esperanza. Así, su obra se cimenta en la necesidad de construir una *pedagogía de la esperanza* que sirva para combatir la inacción y el desaliento, que genere procesos de participación, reflexiones, pensamientos y acciones, que no sólo nombren los problemas, sino que lo comprendan en toda su dimensión, para ser capaces de hacer propuestas constructivas. Mientras la desesperanza hace que nada pueda cambiar, refuerza el poder de las élites y consolida los ejes de dominación, la pedagogía de la esperanza amplía los límites de lo posible y atisba alternativas que han de ser construidas y conquistadas.

Es decir, enseñar y vivir con esperanza y de forma comunitaria. Todo ello, enraizado en el incremento del sentimiento de comunidad, de proximidad y generación de vínculos más allá de la academia. Es necesaria una pedagogía que promueva comunidades de personas que se sientan libres y con optimismo para la construcción de un futuro que imagine que es posible generar sociedades con justicia social, aprendiendo de los procesos del pasado que sirvieron para crear un mundo mejor, con más derechos y justicia.

Nada resulta más sugerente que generar comunidades que, en los tiempos de incertidumbre y crisis global multisistémicas que caracterizan el momento presente, sirvan para construir confianza y que permitan abrir las mentes a procesos permeables a nuevos cuestionamientos, que puedan trascender las jerarquías impuestas, reconocer las causas estructurales de las injusticias y aprecien la diferencia y la diversidad como algo valioso a compartir. El proceso óptimo de enseñanza-aprendi-

zaje también se sustenta en enseñar con amor, tener la capacidad de empatizar, de emocionarse de forma bidireccional. Además, combatir lo que bell brooks llama objetivismo, que nos aleja de las otras personas, en especial en las disciplinas vinculadas con las humanidades. Una enseñanza consciente o con amor, que no ignore las emociones, la espiritualidad o la capacidad de gozar. La educación tiene que posibilitar procesos de disfrute, del querer y deleitarse en aprender.

En palabras de bell brooks: “con un poco de suerte Enseñar comunidad atraerá y renovará tu espíritu”. No sé si un objetivo tan ambicioso puede calar en cada uno de los lectores y las lectoras, lo que seguro que consigue es que nos cuestionemos algunos de los imaginarios que anclan los ejes de desigualdad de la sociedad actual, especialmente para las personas que creemos que tenemos superados el racismo, el machismo o el clasismo. Nos da herramientas para desenmascarar el marco cultural de la sociedad occidental que lo consolida y nos convence de lo importante que es una pedagogía de la esperanza y de la construcción de la comunidad.

Charo Morán

Educación ecosocial de FUHEM

LAS VERDADES INCÓMODAS DE LA TRANSICIÓN ENERGÉTICA

Manuel Casal Lodeiro

Icaria, Barcelona, 2024

313 págs.

«Con infinita complacencia, la raza humana continuaba sus ocupaciones sobre

este globo, abrigando la ilusión de su superioridad sobre la materia, ignorante de la amenaza existencial que se cernía sobre ella», dice H. G. Wells en *La guerra de los mundos*. La ficción se hace ahora realidad, pero no son los peligrosos marcianos quienes nos amenazan, sino nosotros mismos, los peligrosos humanos.

De esto trata el libro de Manuel Casal Lodeiro *Las verdades incómodas de la transición energética*. Estamos distraídos en nuestros asuntos, orgullosos de nuestra «superioridad sobre la materia», sin querer darnos cuenta de que toda la fabulosa fiesta del llamado progreso, alimentada por la quema compulsiva de combustibles fósiles desde el comienzo de la Revolución Industrial, en especial el atracón de petróleo durante el último siglo, tiene fecha de caducidad, porque los depósitos (y esto lo podemos extender a otros recursos naturales) se están quedando vacíos y no hay forma de reabastecerlos, por no hablar de los efectos catastróficos sobre los ecosistemas, de los que depende nuestra supervivencia.

Manuel Casal prosigue con este libro su labor analítica y divulgadora que tiene una larga senda, desde *Nosotros, los detritívoros* (Queimada Ediciones), pasando por la *Guía para el descenso energético* (dentro del colectivo Véspera de Nada), *La izquierda ante el colapso de la civilización industrial* (La oveja roja) y la inapreciable labor editorial que lleva a cabo en la revista *15/15|15*. Con todo ello, es ya una voz imprescindible, que necesitamos oír, por encima de tanto ruido interesado.

Este nuevo libro, *Las verdades incómodas...* es una nueva vuelta de tuerca en un discurso que es cada vez más apremiante: la hoguera de las vanidades se apaga, porque no hay alternativa para mantenerla, aunque los representantes

públicos (y la «opinión pública» que ellos abastecen y canalizan), se nieguen a reconocerlo. De acuerdo, dicen, hay que abandonar la quema de combustibles fósiles y hacer una «Transición Energética», pero no se preocupen, porque la tecnología nos salvará y de paso abrirá un enorme y nuevo nicho de negocio: hay energía «removable» y «limpia» de sobra para mantener la fiesta. «Desarrollo sostenible», lo llaman, el Green New Deal que reverdecerá el progreso como el New Deal reverdeció la economía tras la Gran Depresión de entreguerras, y movilizan a todo un ejército de tecnólogos y charlatanes, fieles hijos del «Sistema» (el sistema no se cuestiona ni se toca: es su fe, su religión). La ideología se pone al servicio de la causa; la fe conduciendo a la razón: teología capitalista.

Sin embargo, algunos expertos se rascan la cabeza y hacen cuentas, y las cuentas no salen; no hay forma de cuadrarlas. Pero, ¡ay! son heterodoxos y sus advertencias apenas trascienden. Necesitan hacerse oír. Manuel Casal les ha dado voz en su libro, que tiene el gran mérito de reunir y resumir sus análisis para el lector, con profusión de citas y referencias, de datos que van desmontando implacablemente la ficción. Un vademécum indispensable sobre la llamada transición energética, en el que se evidencia el problema, se señalan las causas, se denuncian los engaños y se esbozan las soluciones.

Con un prólogo del economista Xoán R. Doldán, el libro se estructura en una lista de preguntas que dan título a cada capítulo. Preguntas como «¿Es factible la transición energética?» (Cap. 1), «¿La energía fotovoltaica es tan limpia?» (Cap. 6), y otras relativas al coche eléctrico (Cap. 9), el hidrógeno «verde» (Cap. 10), o la energía nuclear y el gas (Cap. 11), y

así hasta un total de 17 capítulos y un magnífico epílogo que titula «La transición energética como cisne negro».

A través de los capítulos, se va desgarrando cómo y por qué las alternativas energéticas que se proponen no son tales. No hay recursos naturales suficientes para sembrar el territorio de parques solares y eólicos, ni para alimentar la producción masiva de baterías eléctricas; el hidrógeno no es una fuente de energía, sino una forma muy ineficiente de almacenarla y apenas útil más que para algunos usos muy específicos. En cuanto a los combustibles nucleares, aun si dejáramos a un lado los problemas de seguridad y almacenamiento de residuos (¡!), son más escasos de lo que suele creerse y tampoco podrían mantener la fuerza de la hoguera durante mucho tiempo.

Así pues, concluye Casal (una conclusión que fluye naturalmente a lo largo de las páginas), no es posible mantener el actual *statu quo* (el BAU, *Business as usual*) como si nada pasara, pero –y este es el mensaje central– tampoco es posible un desarrollo sostenible mediante una transición energética hacia energías renovables. Adiós, sistema capitalista. El empeñamiento en cualquiera de esas vías conduce hacia un colapso civilizatorio (¡de victoria en victoria hasta la derrota final!). La única alternativa racional es adaptarnos y aprender a vivir en un mundo de menor energía, es decir, de menos cosas materiales, adoptando otros valores, acordes con el latido de la naturaleza de la que formamos parte. Es la vía del decrecimiento, del aterrizaje programado, más austera en lo material, pero que podría ser más gratificante. Y más justa con la parte de la humanidad que no ha sido invitada a la fiesta y ha pagado con su explotación la orgía consumista. No hay otra forma de eludir el colapso civilizatorio.

El reto no es nada fácil, y al lector (esto es de mi cosecha) le salen al paso inevitablemente algunos escollos. El proyecto decrecentista exige un consenso universal y un ejercicio de virtud pública que parecen casi inalcanzables. Podríamos salir airoso si actuáramos racionalmente, pero ¿es la Humanidad en su conjunto un sistema racional? Y otra duda más: si hacemos la verdadera transición energética (sin autoengaños), ¿se podrá disponer de suficiente energía y suficientes recursos para que todos los miembros de esta especie sobredimensionada, engordada mórbidamente con los combustibles fósiles, puedan aspirar a labrarse una vida honorable y fructífera?

Pero a continuación, si ha estado atento, ese lector espantará sus inseguridades porque ya ha aprendido que el otro camino conduce con certeza a un lugar al que de ningún modo quiere ir. Y tal vez se unirá entonces a los heterodoxos, uno más, para intentar sacar adelante, aunque tenga que recurrir a un obstinado voluntarismo, el proyecto decrecentista. Quién sabe, se dirá, tal vez la empresa tenga éxito; tal vez, al menos, nos libre de las peores aristas del colapso.

Estamos en un cuello de botella. No hay otros problemas más urgentes, pero preferimos engañarnos. Hará falta un gran esfuerzo didáctico para (intentar) movilizar las conciencias, para alcanzar una masa crítica y conseguir, tal vez, cambiar las políticas públicas. Por eso hay que saludar la aparición de un libro como el de Manuel Casal, que nos muestra sin tapujos todo lo que necesitamos saber y (casi) nadie se atreve contarnos y que, como dice el profesor Doldán en el prólogo, «es uno de esos [libros] indispensables, que formula preguntas para las cuales las respuestas distan mucho de ser las que, de manera simplista, nos suelen dar los

medios de comunicación de masas y la propaganda de los grandes lobbies económicos o de la mayoría de las organizaciones políticas presentes en las instituciones. Gran parte de estas preguntas ni siquiera debería ser necesario enunciarlas después de tantos años en que hay algo más que certezas sobre la realidad que esconden». Pero, ay, es evidente, a la vista de cómo discurre la realidad, que sigue siendo necesario enunciarlas, más que nunca, porque, seguimos autoengañándonos y, a medida que pasa el tiempo, nos acercamos peligrosamente al precipicio. Para evitar la caída, sería imprescindible (lo digo, aunque mi propio voluntarismo está muy tocado) despertar y corregir el rumbo. No deberíamos llorar por el malsano sistema económico que parasita esta civilización; lo que debería preocuparnos es el trauma general que, si no ponemos remedio, sufriría una humanidad que se vería abocada a levantarse, con enormes sufrimientos, desde una profunda sima.

José David Sacristán de Lama
Arqueólogo y autor de obras
de narrativa y de ensayo

MIGRACIONES CLIMÁTICAS. SOBRE DESIGUALDADES, MITOS Y DESPROTECCIÓN

[Beatriz Felipe Pérez](#)

MRA ediciones, Barcelona, 2022

128 págs.

Pese a que la cuestión de la migración y, sobre todo, de la llegada de los y las migrantes, ha ocupado buena parte de la agenda política reciente y, a la vez, se ha convertido en un asunto fetiche altamente politizado con determinados intereses po-

líticos, las migraciones climáticas resultan relativamente desconocidas y alejadas de la arena pública, subsumidas en el gran asunto de la migración. Lejos de constituir una entelequia futura, las migraciones climáticas llevan ya un tiempo siendo una realidad, y es una realidad que se expande y agrava progresivamente a la par que empeora la crisis ecosocial. De hecho, las migraciones climáticas podrían considerarse un efecto colateral al tiempo que un piloto de alarma de la marcha y profundización de la crisis ecosocial: el empeoramiento de las principales dimensiones de esta policrisis –como el cambio climático, el declive de la biodiversidad, el deterioro de los océanos o el cambio de usos del suelo– junto con una multiplicación de los desastres conduce a la degradación de las condiciones de vida de millones de personas. Esto entraña, a más corto o a más largo plazo, la expulsión de su hábitat. Si bien este fenómeno se registra en todo el mundo, se da con mayor crudeza en el Sur global, donde existe una mayor dependencia de los bienes naturales y muchas menos redes de protección y recuperación.

El desplazamiento forzado en el mundo se ha multiplicado más de seis veces entre 2000 y 2023 –de 18,5 millones de personas a 117,3 millones–, de los que una parte importante, aún sin cuantificar, corresponde al agravamiento de la degradación ecológica y climática. Sin embargo, las migraciones climáticas apenas se han caracterizado –solo ahora comienza un trabajo sistemático de investigación– y no resultan un concepto al uso en el imaginario popular. Además, la juventud de este campo de investigación implica que muchos de los términos que se utilizan aún no están asentados –así, para aludir a este fenómeno se utilizan diferentes denominaciones: migraciones climáticas, desplazamiento forzado por

causas climáticas, movilidad humana vinculada al cambio climático...– lo que conlleva a veces comparaciones imposibles, lagunas desconocidas y carencia de datos globales.

A este respecto, la monografía de Beatriz Felipe *Migraciones climáticas* resulta especialmente oportuna y viene a poner luz a una maraña de términos, conceptos y cuestiones aún objeto de debates según diferentes enfoques, organizaciones u autores. La autora repasa los principales ejes de la migración climática de una forma accesible y sintética sin perder rigor en ningún momento.

Beatriz Felipe es pionera en los estudios de migraciones climáticas en España. Investigadora y socia cofundadora de CICrA Justicia Ambiental, responsable técnica para el Comité de Expertos de Cambio Climático de Cataluña y asociada al Centro de Estudios de Derecho Ambiental de Tarragona, es licenciada en Ciencias Ambientales y Doctora en Derecho por la Universidad Rovira i Virgili, además de autora de las monografías *Las migraciones climáticas ante el ordenamiento jurídico internacional* y *Migraciones Climáticas. Sobre desigualdades, mitos y desprotección*. La autora, con un pie en la academia y otro en el compromiso social, aborda este libro desde posicionamientos comprometidos con la justicia social, algo que se muestra ya desde la introducción, donde vincula emergencia climática, movilidad humana y justicia global. Este abordaje se concreta en el enfoque estructural y sistémico que recorre sus páginas.

El libro se compone de seis capítulos que responden de forma sintética a las principales preguntas que articulan el debate académico y público en torno a este tema. En la introducción se sitúa el debate y se

contribuye a la clarificación de términos. En el capítulo I, Felipe ofrece las principales claves de la crisis climática, tanto desde una aproximación física como social, analizando los principales impactos y responsabilidades. La autora no olvida nombrar el origen de los problemas actuales, que remiten a un sistema disfuncional, el capitalismo.

En el capítulo II, se repasan los factores de expulsión más destacados y se aporta luz a la relación entre causas ambientales y causas climáticas, enfocándose en estas últimas. También se examina el nexo entre estas causas y la movilidad humana. Aunque pueda resultar inesperado, el Norte global –y especialmente Estados Unidos– registra ya movilidad humana por causas climáticas, aunque, al disponer de muchos más recursos que el Sur global, los efectos sociales se pueden paliar con mayor celeridad. El capítulo III está dedicado a desmontar mitos, una iniciativa muy bienvenida para todas aquellas personas interesadas en el estudio de la movilidad humana y, en concreto de las migraciones climáticas, porque este subcampo de las migraciones se ve afectado por los supuestos erróneos, las lagunas y las incertidumbres que rodean tanto a la movilidad humana como al cambio climático. Tales supuestos son fruto de las ansiedades que generan cuestiones de tanto calado, más alguna confusión intencionada, con cuestiones como el volumen de la movilidad y la supuesta invasión del Norte global, que da base a un continuo proceso de securitización y militarización de la migración en general.

Otro de los asuntos debatidos es la cuestión del grado de voluntariedad o no de la migración climática. Tradicionalmente ha existido una división meridiana entre movilidad humana voluntaria, que se equiparaba con la migración, y la involuntaria,

para la que se ofrecían las figuras de asilo y refugio. Pero esta clasificación está quedando desbordada por una realidad mucho más compleja que llega de la mano de la crisis ambiental y climática. Esta está atravesada por una variedad de fenómenos, desastres de evolución rápida o lenta, y condicionantes económicos, políticos y socioculturales previos que dan como resultado una multiplicidad de casos de movilidad humana, difíciles de ajustar en una clasificación tan estrecha como migración voluntaria o no. Frente al supuesto de algunos académicos de que migrar es una respuesta adaptativa al cambio climático, la autora asevera que «migrar rara vez es la primera opción cuando se trata de adaptarse a los efectos adversos del cambio climático ya que, por lo general, prefieren adaptarse *in situ*» (p. 81). De modo que si la migración es una forma de adaptación, como afirman algunos autores, se trataría, como señala Felipe, de una «*adaptación forzada*». A medida que avanza la investigación se ha detectado otro tipo de casos, el de aquellas personas que preferirían marcharse, pero no pueden porque carecen de los recursos o los contactos necesarios. Es lo que se denomina «poblaciones o personas atrapadas».

El capítulo IV está dedicado a lanzar una mirada de género sobre las migraciones climáticas y, en concreto, se examina cómo afecta a las mujeres la crisis climática y qué impactos diferenciados enfrentan en su proceso migratorio. También se analiza el papel activo de las mujeres a la hora de dar respuestas de adaptación a la desestabilización del clima.

El capítulo V se ocupa de la situación de desprotección jurídica que afecta a las personas en movilidad por el cambio climático. Aquí se examina el vacío jurídico en el que se encuentran las personas en

movilidad por el cambio climático, algo que la autora ha estudiado en profundidad en su tesis doctoral. También se abordan los distintos instrumentos normativos internacionales y regionales, y valora las vías más esperanzadoras hasta el momento para la protección de las personas en migración climática, así como la situación de los apátridas en un futuro próximo.

El libro se cierra con un capítulo propositivo en el que la autora realiza una reflexión final sobre las principales cuestiones y enumera una serie de recomendaciones para abordar los problemas detectados en torno a las migraciones climáticas más destacados.

Las migraciones climáticas y ambientales en general están configurándose ya como una de las grandes tendencias de nuestro tiempo, algo que empieza a mostrarse en la esfera pública. Esta monografía tiene el mérito de tratar en poco más de cien páginas, cuestiones de gran relieve y complejidad, y abordarlas de manera sencilla sin perder el rigor. El libro que se complementa bien con el de Miguel Pajares, *Refugiados climáticos* (Rayo Verde, Barcelona, 2020) y bien podría completar esta ficticia trilogía *El azar de las fronteras*, de Juan Carlos Velasco (Fondo de Cultura Económica, México, 2016). En definitiva, *Migraciones climáticas* es una monografía sintética y de estilo claro muy recomendable para toda persona que quiera iniciarse en el tema de la movilidad vinculada al cambio climático o quiera aclarar conceptos y preguntas de la mano de una experta. Una pequeña joya repleta de información y que suscita la reflexión.

Nuria del Viso
Área Ecosocial de FUHEM

NO HEMOS ODIADO A LOS POBRES. CIEN CARTAS EN SU CENTENARIO (1923-2023)

Lorenzo Milani

Editorial Popular

314 págs.

A lo largo del curso 2023/2024 se ha estado celebrando el centenario de Lorenzo Milani, el maestro de la escuela de Barbiana. Milani (Florenia 1923-1967) es considerado uno de los principales pedagogos del siglo XX y, sobre todo, es conocido por su *Carta a una maestra* (1967), escrita con sus alumnos de Barbiana. Tras ordenarse cura, comenzó su labor en Calenzano, un pueblo semirural y obrero del entorno florentino. Las autoridades eclesásticas, molestas y alarmadas con el devenir de la escuela popular que allí impulsó, lo exiliaron a Barbiana, una olvidada parroquia de montaña convertida en escuela. El Santo Oficio retiró el único libro que apareció publicado con su nombre: *Experiencias pastorales* (1958).

Ahora que todo en la escuela parece girar exclusivamente en torno a las metodologías, las didácticas y las innovaciones tecnológicas, la concepción educativa milaniana nos invita a que no nos equivoquemos con la pregunta. No deberíamos preocuparnos solo de *cómo hay que hacer* en la escuela, *sino qué escuela y para qué*. La pedagogía de Barbiana propugna una escuela no solo basada en contenidos y competencias, sino también en despertar actitudes y virtudes. Y son precisamente las actitudes y virtudes de Milani lo que traslucen las cartas recopiladas, y cuidadosamente editadas por José Luis Corzo, en este libro.

En las recomendaciones que hace a un maestro en una de esas cartas dice lo si-

guiente: «te prometo un puesto de maestro (...) Al principio más para ser educado que para educar, después podrás hacer mucho bien» (p.19). La escucha y apertura a la realidad es la clave de partida de la escuela de Milani: «tender ojos y oídos hacia los rostros y las palabras para comprender mentalidades y mundos» (p. 26) de aquellos jóvenes obreros «tan profundamente mutilados en el corazón y en la mente» (p. 20). De ahí que la escuela no pueda ser indiferente a la realidad del sufrimiento de los «de abajo» y deba tomar partido por los más desfavorecidos. Esta actitud de *desclasamiento y toma de partido* de Milani, él que procedía de una familia acomodada e ilustrada, queda perfectamente reflejada en la confesión que hace en otra carta dirigida a su hermana Elena: «me ha bastado estar cerca de ellos para abrir los ojos y el corazón y comprender cosas bellísimas que antes no hubiera podido ni soñar. Y por si no bastara este enriquecimiento para hacer feliz a un hombre he tenido además el ser amado por ellos y odiado por los burgueses. ¿Qué más puedo pedir en la vida?» (p. 68).

Mirar de frente la realidad atravesada de dominaciones y desigualdades, desbordada de conflictos imperialistas y en guerra con la naturaleza, debe ser la actitud primordial para una escuela inclusiva que asuma que el principal problema que tiene, como dejó bien claro en *Carta a una maestra*, es «los chicos que pierde», que abandona en el camino. Tomar partido por esas muchachas y muchachos a los que no se les da cabida es la respuesta que da Milani a las preguntas *de qué escuela* necesitamos y *para qué*, una escuela capaz de ajustar su objetivo y su actividad «a la medida exacta de las necesidades del lugar y del momento» (p. 99). Solo así es posible comprender «las mentalidades y los mundos» concretos de esa clase popular hoy conformada por gentes de tan distinta procedencia y condición que se ven «mutila-

dos en el corazón y en la mente» por falta de oportunidades y discriminaciones de clase, género u origen étnico.

Plantea así la elección entre un modelo de escuela que amplifica y reproduce el modo de vida imperante frente a otra preocupada por las mentalidades y los mundos relegados por el dominio cultural hegemónico. En una de las cartas que aparecen en esta colección epistolar, Milani rechaza la propuesta de modernidad que apenas pocos años antes Gramsci había caracterizado en los *Quaderni* como «americanismo y fordismo». Para Lorenzo Milani, el derrumbe de los valores espirituales que detecta en la sociedad italiana se debe a esa modernización capitalista que se expande desde los EEUU y señala, en un diálogo con un coetáneo huido con su familia a aquel país, lo siguiente: «Lamento que no vinieras a estudiar a Italia. Estoy seguro de que te hubieras acercado a muchas grandes ideas nuevas que nacen y que en América no pueden nacer. Para nosotros América ya no es el “Nuevo Mundo”, sino el Viejo que está muriendo» (p. 17).

Esas ideas grandes y nuevas, que son la base de la autonomía personal que la escuela debe cultivar si quiere ser —además de instructora— educadora, intuye Milani que para germinar necesitan del humus que aún perdura en la cultura moral campesina y proletaria donde inserta sus experiencias escolares. Milani vislumbraba ya lo que Pasolini percibió después con enorme claridad: el cambio que provoca la sustitución de la vieja cultura de clase (con sus divisiones y diferencias claras entre la cultura de la clase dominada, o popular, y la cultura de la clase dominante, burguesa o cultura de las élites) por una nueva cultura interclasista que se muestra en las nuevas formas de vida que arrastra la aparición del consumismo en la sociedad italiana. Por eso le preocuparán tanto a lo largo de toda

su vida las razones íntimas que empujan a las clases subalternas a abandonar su tierra y formas de vida: «Quisiera (...) iluminar las razones íntimas y verdaderas que tiene un rentero para abandonar la tierra (...) Ya que él (el renterillo joven) se siente *de hecho* (con razón o no) en un estado tal de inferioridad social o psicológica (o lo que sea) que le horroriza la tierra y con tal de dejarla está dispuesto a irse a hacer incluso los más humillantes e inciertos oficios no agrícolas (...) ¿Cuál es la verdadera razón por la que huyen de la tierra?» (p. 39). Y añade que no quiere saberlo en teoría, «sino en instantáneas reales» cargadas «de crudas observaciones o diálogos o situaciones reales. Tan crudas y tan reales que despierten una simpatía tan fuerte que haga admitir hasta los más irracionales y revolucionarios principios» (p. 40).

Estas preocupaciones de Milani resultan inspiradoras para abordar la tempestad que representa el desarrollismo que arrasa con toda forma de vida que no se ajusta al modo imperial de vivir, producir y consumir y que se traduce en procesos de desposesión —material y simbólica— de tantas personas de todas las latitudes que hoy son expulsadas de su tierra y que padecen la destrucción de sus culturas. Solo una educación «a la *medida* exacta de las necesidades del lugar y del momento» puede, en ese contexto, alumbrar «ideas grandes y nuevas». Solo así podremos atestiguar que no hemos odiado a los pobres ni nos hemos mantenido adormecidos frente a lo que estaba aconteciendo.

Hay otras muchas actitudes de Milani que quedan reflejadas con claridad en estas cien cartas recogidas en el libro, como por ejemplo la necesidad de superar la estrecha mirada del nacionalismo patriótico, así como la cultura belicista basada en gestas y grandes héroes que aún subyace en la interpretación de la historia. Es el caso de

la carta a los capellanes castrenses italianos (pp. 204-214) con la que decidieron dar respuesta colectiva desde la escuela de Barbiana a un comunicado de prensa de los citados capellanes que les provocó gran indignación. En ella se dice: «Si vosotros tenéis el derecho de dividir el mundo en italianos y extranjeros os diré entonces que, en vuestro sentido, yo no tengo Patria y reclamo el derecho de dividir el mundo en desheredados y oprimidos de una parte, privilegiados y opresores de la otra. Unos son mi Patria, los otros mis extranjeros» (p. 206). Dicha carta provocó el procesamiento de Milani junto a la del director de la revista comunista *Rinascita*, la única que publicó íntegramente su contenido. También es el caso de la misiva que envió meses después a los jueces que le procesaron con motivo de la carta anterior (pp. 222-244): un ejemplo de libertad de conciencia que sugirió titular «La obediencia ya no es una virtud». De nuevo aflora la preocupación de Milani por las actitudes y virtudes con las que responder a la pregunta de *cómo hay que ser para poder dar escuela*.

Para finalizar, una breve nota para resaltar la labor del editor. José Luis Corzo, impulsor del Movimiento de renovación pedagógica de Educadores Milanianos (MEM) en nuestro país, además de seleccionar y traducir las cartas, ha añadido un asterisco a dieciocho de ellas que remiten a la memoria viva del propio editor en su afán por situarlas. Como resultado, la parte final de libro (pp. 277-308) ofrece un sugerente complemento muy útil para comprender el alcance e influencia del pensamiento y la obra de Lorenzo Milani. Que el libro se cierre con un índice onomástico es un acierto que se suma a todas las bondades y virtudes ya comentadas.

Santiago Álvarez Cantalapiedra
Director del Área Ecosocial de FUHEM